

Reproducción

Número 119. — Tomo VII.

20 de Diciembre de 1924.

Director:

Elías Jiménez Rojas

San José de Costa Rica

Apartado 230

Administración: BOTICA LA DOLOROSA

Imprenta Crejos Hnos.

Apartado R R

Teléfono 285

Imprenta

Librería

Encuadernación

Papelería



Trejos Hnos.

Participaciones
de matrimonio

Invitaciones

Libros de caja

Memorandums

Facturas

Cheques ♦ Recibos

Calonarios

Libros en blanco

Tarjetas

Menús, etc., etc.



Cumplimiento
en la entrega
de trabajos.

REPRODUCCION

No. 119 * 20 de Diciembre de 1924 * Tomo VII

Director, ELIAS JIMÉNEZ ROJAS

San José, Costa Rica — Apartado No. 230

El contraste social ⁽¹⁾

por Hilaire Belloc

(Muy notable escritor, nacido en Francia (1870),
pero educado en Inglaterra)

¿Cuál es el signo distintivo del espíritu social de los Estados Unidos? Su signo distintivo es la publicidad, el espíritu de la plaza pública. El trato entre un individuo y otro es infinitamente más frecuente y continuo en los Estados Unidos que en las tierras situadas en el otro lado del océano. Esta publicidad, que a nosotros los europeos nos sorprende rudamente, es la nota que predomina en todas las cosas de los Estados Unidos. In-

(1) Tomado de *Inter-América* (Noviembre de 1924) y recortado en varios lugares.

vade todas las manifestaciones de la vida y presta colorido al conjunto. Para nosotros, la plaza pública, el foro, es un sitio especial de reunión, pero, por lo demás, vivimos, por regla general, en privado. Para la gente de los Estados Unidos, toda la vida se desarrolla habitualmente en el foro. Es perpetua la acción recíproca entre cada hombre y su vecino, cualquiera que sea la clase de vecindad.

Ahora bien, *el activo trato entre los individuos y la intensa energía individual trabajan en pro de la uniformidad.* Permítaseme detenerme en esta pequeña e importantísima paradoja. No hay contradicción alguna entre la intensidad de la acción individual y la analogía casi mecánica en la acción general. Las dos, por el contrario, andan juntas, y cuando la actividad del individuo, su deseo de depender sólo de sí mismo y la consiguiente energía con que procede, llegan a su máximo, entonces hay también el más reiterado trato entre los individuos, y, como consecuencia, el resultado es más uniforme.

No juzgo, sino que observo, y ase-

guro que la señal patente, el rasgo obvio y ostensible de los Estados Unidos, comparados con Europa, es esta generalización del individuo en acción: su presencia por dondequiera en perpetuo roce con sus semejantes.

El hombre de los Estados Unidos se acerca a cualquiera otro en cualquier parte y le dirige la palabra, por más que no lo conozca, y es acogido como un inglés, un alemán o un italiano acogería a una persona a quien ha conocido toda la vida. En Europa, hasta una persona urgentemente precisada a realizar semejante acción, una persona que se dirija, por ejemplo, a tomar un tren sin conocer el camino de la estación, tiene siempre que llenar ciertas fórmulas de excusa antes de dirigirse a otra persona, y si no corre prisa, la fórmula tiene que ser ceremoniosa y prolongada. Esto de las fórmulas es cosa desconocida en los Estados Unidos. El trato entre las personas se establece desde luego, como cosa corriente. Alguien a quien nos dirigimos en una tienda y que nos responde cuando le pedimos una mercancía; alguien a quien pedimos

informes en una oficina pública o en una estafeta y que nos los da; todo el mundo, en miles de casos distintos que ocurren diariamente, se comporta con úno en los Estados Unidos de una manera desconocida en Europa.

En cuanto el visitante europeo sale de una de las grandes ciudades de los Estados Unidos y empieza a recorrer los extensos suburbios donde los ricos han construido sus moradas, lo que más lo sorprende es ver que *no existe separación entre el terreno de una persona y el del vecino*: ¡todos forman un solo campo abierto!

En sus oídos retiñe el estruendo de los timbres de los tranvías eléctricos que pasan, resonantes, sobre sus rieles de acero, frente a esas casas, día y noche. La opulencia y la oportunidad de adquirirlas denotan en los Estados Unidos precisamente lo contrario que en Europa: extremado aseo, hospitalaria limpieza de baños, desagües y alcantarillas; comunicaciones fáciles... y ninguna reserva. Entre nosotros la riqueza, sobre todo la riqueza que data de antaño, se distingue por su extremada reserva, su horror a la bu-

lla, cierto alejamiento cuidadosamente observado en el trato con los demás, una buena capa de polvo en los libros, muebles antiguos y estantes heredados por azar o adquiridos por compra costosa; reposo y, especialmente entre los hidalgos ingleses, lo que unos llaman «repantigarse» y otros «adormitarse».

Ni es la novedad lo que cava este foso que nos separa, pues el rasgo propio de los Estados Unidos se encuentra en familias y en cosas que cuentan con doscientos cincuenta años de existencia.

El factor de la publicidad se encuentra, pues, por todas partes. A manera de paradoja podría aducir mil ejemplos de lo aparentemente contrario: cosas que las convenciones aceptadas en los Estados Unidos prohíben discutir y que Europa permite que se discutan, si bien no del todo, a lo menos con más libertad. Pero esto no sirve de compensación, puesto que existe igual número de convenciones con las cuales pasa al revés: existen cosas que no se discuten en Europa con libertad y que en los Estados Unidos discute todo el mundo.

He dicho que el carácter substantivo de vibrante actividad individual acarrea no sólo la perpetua comunicación personal sino también la *uniformidad*, y he dicho también que no hay contradicción en esto, sino que lo uno es consecuencia obvia de lo otro.

Esta uniformidad, esta segunda consecuencia de la publicidad, es tan patente para el europeo como el primer efecto, el de la comunicación perpetua, pues también en este punto, en materia de uniformidad, el contraste es de una intensidad que desconcierta.

En Europa, circula de boca en boca esta frase: «todo en los Estados Unidos está trazado a cordel,» con la cual supongo que quien la inventó se propuso decir que el europeo observa en los Estados Unidos la falta de las profundas diferencias a que está acostumbrado en su propio mundo. El hombre de los Estados Unidos se da cuenta ahora, por supuesto, de una serie de diferencias nacionales que no percibe el visitante extranjero, pero, si compara los hábitos sociales de su propia patria con los de Europa, creo

que convendrá conmigo en que existe en la sociedad a que pertenece no sólo conformidad de ideas, si se las compara con las nuéstras, sino también uniformidad muy difundida de actos cotidianos de menor importancia.

La rápida actividad de la vida individual no ha traído consigo una multiplicidad de las costumbres privadas como lo habría hecho el más lento pero persistente avance del individuo. Antes bien, ha producido el efecto contrario, ha hecho típico al individuo, pues existe un modelo común al cual se ajustan el hombre y el ambiente que lo rodea. Así, los hoteles grandes tienen en todas partes de los Estados Unidos plan, estructura y fines idénticos, y si se arguye que los hoteles son naturalmente así, por tratarse de una organización creada con el objeto de que sea común y universal, puede redargüirse que nada hay en Europa más personal ni que posea un carácter «más suyo» que nuestras posadas. Añádase que en los Estados Unidos las viviendas humanas están hechas igualmente según un patrón, así como sus muebles, los mismos detalles de la

calefacción y de la cocina, y todo lo demás por el estilo. Toda nación y, en estas materias, toda civilización, ofrecen cierta uniformidad. Existe una casa francesa distinta de la italiana, y una vivienda europea distinta de la asiática; pero en los Estados Unidos la uniformidad salta más a la vista que entre nosotros, porque es mucho más estricta. Posee rasgos más definidos, causa una impresión mucho más precisa y ofrece menos variedad dentro de su propio género.

Y viceversa: el viajero está seguro de encontrar dondequiera un conjunto limitado de cosas, pero está igualmente seguro de echar de menos otras. Encontrará un mismo libro, un mismo baño, un mismo calentador, pero no encontrará vino de Chambertin ni el poema *Lepanto* ni canciones de suave modulación. Experimenta la sensación de encontrarse en un regimiento.

Ignoro cuántas otras causas concurren a producir este efecto, además de las que he barruntado: la topografía pareja, la rápida diseminación de los habitantes por una vasta superficie, diseminación que continúa en abun-

1.
dancia y que está destinada a continuar, y la complacencia que producen las aplicaciones mecánicas.

Permítaseme ilustrar este último punto. Una forma moderna de transporte, el ascensor, ahorra una gran cantidad de energía si se la compara con un medio más antiguo, como lo es la escalera. En nuestro mundo europeo el medio más antiguo sobrevivirá casi siempre, y no es que sobrevive de un modo precario ni que desaparece paulatinamente, sino que *sobrevive*, que persiste, que dura más que la innovación, y esto con pertinacia. Lo mismo pasa con muchas otras formas, todavía más antiguas. Esta tenacidad en la supervivencia de los medios de antaño acompaña al espíritu de aislamiento privado, al individuo particular y doméstico concentrado en lo interior, a la unidad del gremio, del colegio y de la familia también recogida en su interior.

En cuanto a nosotros, esa diversidad no se debe a pereza o rutina, sino a lo contrario precisamente. Es un signo o símbolo *en nuestra sociedad* de los que ocupan en ella una posición espe-

cial y hasta superior. Así, la alta civilización occidental de Francia, España, Inglaterra e Italia está mucho más diversificada que la de Prusia, Rusia o los Balcanes. Con los Estados Unidos pasa al revés. Las viejas formas supervivientes denotan allí algo perezoso o inútil: una «inhibición.» Estar rodeado úno de cosas menos «eficientes» que las de moda es, en los Estados Unidos, un signo de debilidad.

El espíritu de acción común asume también la tarea de crear enormes mercados para las cosas del espíritu. Produce en grandes cantidades y como un *beneficio* lo que pesa no poco sobre nuestros centros urbanos de Europa como una maldición: el libro que se vende mucho, el libro que se propaga como el fuego en la paja seca, no porque ofrezca especial incentivo al espíritu de los lectores, sino porque la muchedumbre se engolosina con él. Únicamente un solo libro determinado puede, en determinado tiempo, apoderarse así del mercado universal, pero casi cualquier libro puede conseguirlo. Un libro entre mil ocupa el primer

puesto—nadie sabe por qué—e inmediatamente sus competidores se van quedando atrás, y de ese solo libro se vende un millón de ejemplares en tres meses, y *a los seis meses está olvidado*. Esto es lo asombroso.

Este espíritu de acción común aparece con mucho mayor importancia en el dominio de las ideas, en donde se originan todas las manifestaciones materiales. Las doctrinas sociales tienen carácter universal en los Estados Unidos. Así, por ejemplo, es universal la doctrina según la cual todos los credos y prácticas religiosos, *dentro de ciertos límites*, deben considerarse como opiniones privadas, y la observancia de los que estén fuera de esos límites como intolerable. Nadie disputa esta doctrina, y todo el mundo la da por aceptada. A nadie puede molestarle porque rechace o acepte la doctrina católica del celibato del clero, pero no se tolerará que nadie niegue la doctrina católica de la monogamia.

Esto pasa asimismo con respecto al valor, el carácter sagrado y la eficacia del voto. El concepto de que la ma-

yoría (1) tiene un derecho divino para decidir en cualquiera materia, es universal en los Estados Unidos, no como uno de los dictados de la razón, sino como dogma aceptado. No se trata de la doctrina de que la sociedad como organismo puede imponer su voluntad orgánica, porque esto lo acepta la humanidad entera; se trata de la doctrina de que la mayoría de los votantes expresa esa voluntad.

Este principio, como todo el mundo convendrá tras un momento de reflexión, es absurdo. Sólo puede aplicarse cuando concurren tres condiciones raras: interés por parte de todos, experiencia común y mecanismo perfecto. Los votos de dos mozalbetes de veintiuno y veintidós años, ¿valen más que el voto de su padre? ¿Un millón de personas se interesan más por el bimetallismo o saben más de él que 999,999 personas?

El caso, empero, es todavía peor de lo que denotan estas preguntas que

(1) La Constitución, es cierto, suele otorgar potestad a una minoría; verbigracia, por medio del senado; pero la doctrina de la mayoría es incontestable.

no tienen respuesta posible. Es claro para el entendimiento que tal concepción, aun en el caso en que se admitan sus principios, debe tener necesariamente sus límites físicos. Sería de todo punto imposible dirigir la sociedad, y el Estado no podría subsistir, si cincuenta y una personas de cada ciento tuvieran el privilegio de imponer su voluntad a las cuarenta y nueve personas restantes.

En una palabra, salta a la vista que el gobierno de la mayoría, aun en el caso en que se le acepte como una doctrina divina, como algo que participa de la naturaleza misma de la moral, sólo puede aplicarse en un campo sumamente reducido; sea bueno o malo, sólo puede funcionar dentro de ciertos límites restringidos. Mas los límites, a lo menos hasta hace poco, sólo se han aceptado subconscientemente en los Estados Unidos; sólo recientemente se ha dado cuenta Europa de que en los Estados Unidos se ha empezado a discutir esos límites, discusión que apenas había comenzado hace treinta años, cuando yo estuve allí, siendo mozo.

Es quizás la prohibición de las bebidas alcohólicas la que ha planteado el problema del gobierno de la mayoría. No lo sé de fijo, pero repito que la discusión ha empezado. Esta discusión irá lejos, pero no menoscabará aquella concepción del derecho divino de la mayoría, la cual es una idea general arraigada en el espíritu público de los Estados Unidos y tan ubicua como lo fué en otra época y en otros lugares la idea del derecho que tenía la iglesia para imponerse exclusivamente, como, por ejemplo, en el mundo inglés del siglo trece.

Los filósofos, por de contado, han debatido la cuestión del gobierno de la mayoría, tanto en los Estados Unidos como en el seno de nuestra propia civilización, y eso mucho antes de que se conociera la organización moderna del sufragio en muy grandes proporciones.

Bien sé que la sabiduría de los que fundaron la constitución de los Estados Unidos atemperó el gobierno de la mayoría y lo limitó, salvando así al Estado. Adonde yo iba a parar era a que este dogma, tan universal, tan

irrecusable, tan insensato, es un ejemplo de *uniformidad*.

Otro ejemplo de uniformidad de la acción social se encuentra en las grandes mareas del sentimiento público que agitan al Nuevo Mundo, las cuales cambian rápidamente de dirección y de móvil. La de hoy puede correr en dirección casi opuesta a la de mañana. El motivo que instiga el movimiento de hoy puede ser de índole enteramente distinta a la del motivo que instiga el de mañana; pero la marca original de la *uniformidad* no falta nunca. Las vastas muchedumbres de seres humanos se mueven como si formaran un sólo cuerpo.

Semejante acción universal y coherente es uno de los más formidables instrumentos de poderío. Entre todos los rasgos peculiares de la vida de los Estados Unidos que Europa respeta y que halaga como aliada o teme como enemiga, éste es el principal, y no deja de ser divertido observar los esfuerzos desmañados que realizan los propagandistas europeos con el designio de producir en los Estados Unidos esas mareas. Ahora mismo, cuando

escribo esto, los contrapuestos intereses franceses y británicos excitan a esos pueblos para suscitar una marea de esa clase, por medio de publicaciones y oradores propagandistas; por lo que toca a Francia, trata de provocar la simpatía para con sus sufrimientos; y, por lo que hace a Inglaterra, adopta la forma de un llamamiento a los Estados Unidos para que entren en una liga de naciones que espera convertir en una arma antifrancesa. Estas tentativas fracasan; pues, no hay fuerza capaz de provocar esas corrientes a no ser una que surja del propio suelo de los Estados Unidos.

Entre las ideas en que está imbuido el espíritu público de los Estados Unidos, Europa se ha fijado en una en particular, y Europa, y especialmente Inglaterra, la ha tergiversado de tal modo que espero se me excuse si trato de explicarla con alguna latitud. Me refiero a la norma del dinero, a la estrecha relación, por todas partes visible, que existe, para el espíritu de los Estados Unidos, entre el merecimiento cívico y la acumulación de riquezas por parte de un individuo;

el uso que se hace de la fortuna *adquirida*, que no de los bienes heredados, como piedra de toque del mérito individual.

No hay asunto de que hayan hablado los extranjeros con más disparatada acrimonia que de éste, y todos los disparates provienen de un análisis desidioso, ignaro o imperfecto del asunto.

Existe cierta actitud con respecto a las fortunas particulares, a la posesión privada de la riqueza, que es, propiamente hablando, idólatra, esto es, que, en primer lugar, atribuye a esta cosa muerta atributos de cosa viva, y que, en segundo lugar, adora a esta cosa muerta. Pues en estos dos errores combinados es en lo que consiste la idolatría. Allí donde está presente ese espíritu de idolatría, allí donde existe la adoración ante el hombre rico, allí donde se confunden las ventajas de la riqueza con los atributos dignos de la admiración humana, allí hay una corrupción del instinto religioso tan vil como puede soportarla el hombre. Esto es, con *toda* exactitud, Mammón.

Ahora, exponiéndome al riesgo de parecerles paradójico y caprichoso a todos los lectores europeos, y aun a muchos de los Estados Unidos, diré redondamente que ninguna sociedad moderna se encuentra tan libre de esta aborrecible herejía como la sociedad de los Estados Unidos. Trasladar la admiración de la cosa poseída a su poseedor, concebir que la mera posesión de riquezas materiales convierte a quien las posee en objeto digno de adoración, sentirse úno abyecto en presencia de otra persona que es más rica: estos sentimientos no consiguen tanto como penetrar en el alma de los Estados Unidos. Es imposible para el hombre de los Estados Unidos decirse a sí mismo: «Este hombre es poseedor de grandes riquezas; por lo tanto lo acato como acataría a un gran poeta o a un gran soldado.»

En Europa, jamás deja de estar presente esta actitud ante Mammón. Celebro poder decir que aun entre nosotros los grados de esta actitud varían con los diferentes lugares y los distintos tiempos. En Inglaterra, era mucho peor antes de la guerra de lo que es

ahora; era muchísimo peor un poco antes de la guerra que una generación antes; es peor en París que en cualquiera de las provincias francesas, y peor en las provincias francesas que en Italia, y peor en Italia que en la castellana España, la cual es de todas nuestras sociedades la más libre del azote de Mammón. Mas, en todas nuestras sociedades europeas estratificadas de antaño, existe por todas partes, en cierto grado, esta adoración ante el dinero, la cual es detestable.

Mammón no es la pasión de *adquirir* dinero ni el deseo de poseer lo que el dinero *puede comprar*, ni menos todavía es la envidia para con el que tiene más dinero que úno; es atribuirle al hombre rico cualidades que no posee y que sólo se le atribuyen por el hecho de ser rico. Se manifiesta en el sentimiento de genuino respeto para con el hombre rico y de genuino desprecio para con el hombre pobre. Repito que se encontrará esta dolencia del ánimo menos difundida en los Estados Unidos que en ninguna otra sociedad moderna. Mammón no se descubre en los hombres de los Estados

Unidos ni en los ademanes ni en el tono de la voz ni en las miradas ni en ninguna de las otras señales que delatan la sumisión del ánimo. Lo que es yo, a lo menos, jamás he visto esas miradas o gestos ni he oído ese tono en los Estados Unidos. Entre nosotros, en cambio, son generales.

¿Qué es, entonces, lo que hay en la actitud de los Estados Unidos que se ha confundido con la actitud ante Mammón?

Es muy otra cosa. Es una idea triple, a saber: primero, que el buen éxito en la acumulación de riquezas denota un esfuerzo por parte del hombre que las acumula; segundo, que las coyunturas que brindan los Estados Unidos permiten que esta acumulación sea igualmente posible para todos los hombres; y, tercero, negativamente, que no existe en el Estado nada tan fácil de aplicar ni tan presente en todas partes como la norma del dinero.

El hombre de los Estados Unidos ve la vida cívica como una palestra en la cual puede entrar a competir todo el mundo. La naturaleza que lo rodea está todavía en gran parte vir-

gen, y cada día aparecen nuevas ideas acerca del modo cómo se la puede explotar. En esa palestra entra, en realidad, todo el mundo, y el lugar que cada quien va a ocupar en ella puede determinarse, de una manera aproximada, por sus propias obras. Es natural que, en tales condiciones, sea ésa la medida que se aplique.

La sencillez de esta norma apareja sus inconvenientes, e inconvenientes graves, como son los que inducen a diferenciar la idea de producción y la idea de acumulación. Conduce también a una astucia excesiva, aunque esta malicia es a su vez de carácter simple. Pero estos y otros muchos defectos que le son ostensiblemente anejos no incluyen ese elemento vil y degradante de la baja adoración personal, y bien vale la pena eludir este mal a trueque de admitir todos los demás restantes.

En cuanto al lado débil de la adopción de esta «norma del dinero», ¿qué otra cosa puede esperarse de una sociedad que ha tenido como principal ocupación material durante tres siglos la explotación de un enorme continente

todavía inexhausto? En cuanto a su lado fuerte, redundando en crédito para el sentido cívico de los hombres de los Estados Unidos que apliquen esas normas, como en efecto las aplican, sin mezcla alguna de sentimiento apócrifo.

Hay pruebas de que estoy en lo cierto. En una sociedad degradada por Mammón, las cualidades inherentes al hombre, desde el talento literario, que se encuentra entre las inferiores, hasta la santidad, que es la más eximia de todas, se consideran menos significativas que la mera posesión de dinero. Se las admira más o menos, y eso no en el orden debido, pero nunca se les rinde adoración. Ahora bien: entre los hombres de los Estados Unidos, no sólo ocupan su puesto debido esas cualidades, sino que ocupan un lugar que si de algo puede tacharse, es de alto en demasía. A un gran soldado que haya salvado a Europa cobrando un estipendio de cinco mil dólares por año, los Estados Unidos se sienten impulsados a recibirlo como debe recibírsele. Si un poeta apareciera hoy día—y el mundo está esperándolo,

pero no ha venido—los Estados Unidos lo acogerían como debe acogersele. En Londres, señoras ricas lo invitarían a almorzar, aunque no dos veces una misma señora. A la mesa de ésta el poeta sería en Londres un objeto de ostentación y un cebo, lo mismo que el héroe efímero del escándalo más reciente. No pasa lo mismo en los Estados Unidos. Allá, como aquí, las damas de la sociedad se desviven por recibir en su casa a los hombres de moda, pero en los Estados Unidos el hombre célebre eclipsa a la dueña de la casa, mientras que entre nosotros, a menos que el hombre famoso sea el más rico, es el de menos.

O de otro modo: del lado acá del Atlántico, entre las personas que asisten a una reunión social, los matices de la deferencia los determina enteramente la riqueza. Un hombre riquísimo es, en una reunión social, un sér aparte, un sér sagrado, mucho más sagrado para sus congéneres que para la servidumbre, en tanto que el hombre pobre es insignificante. Tal es nuestro vicio cardinal. Vemos a los hombres al través de una atmósfera o de una cortina

colorida según *lo que posean*. En los Estados Unidos, disfrutaban de la virtud de ver a los hombres tales como son. En medio de tantas cosas como debilitan espiritualmente al Nuevo Mundo, esta virtud, que es parte de su candor, le comunica vigor permanente.

Hasta aquí en cuanto a la norma del dinero en los Estados Unidos, cuya errónea interpretación por parte de nosotros los europeos ha producido juicios tan falsos que hacían necesaria esta larga digresión. Como se recordará, la digresión sobrevino a propósito de los efectos de la uniformidad en los Estados Unidos.

Ahora, en cuanto a los efectos morales de esta uniformidad, dos hechos son dignos de notarse antes de pasar adelante: uno que constituye una ventaja y otro que constituye un defecto. La ventaja es la cortesía general; el defecto es el sentimiento de seguridad.

Jamás falta la cortesía en los Estados Unidos, y se la encuentra en todos los estados de la fortuna y en todos los grados de la prisa. El hecho de que no adopte nuestros modales contribuye a darle más relieve a los ojos

de los que tenemos el cuidado de observar. La gran máquina de la uniformidad de los Estados Unidos ha menester mucho aceite lubricativo, y lo tiene en abundancia. Por otra parte, no hay pueblo que tenga más arraigado el sentimiento de la seguridad, es decir, de la certidumbre basada sobre pruebas insuficientes o sobre la mera repetición, y éste es un factor que debilita tanto al individuo como al Estado.

Por ejemplo, cada capricho que impone la moda en la jerga de las conjeturas físicas o históricas se acepta como evangelio con mucho mayor facilidad que entre nosotros. Entre nosotros, se considera propio de personas inteligentes y leídas reírse de las sucesivas fantasías que se nos ofrecen como realidades: el hombre de las cavernas, la raza nórdica y todo el resto de esa precaria retahíla. Tomar esas cosas por lo serio y convertirlas en base de acción y hasta de ideas denota, para la mente europea, algo imperfecto en la educación de una persona; y hasta las he oído llamar «suburbanas» y «burguesas» por gentes

de la burguesía de los suburbios, y cuando las cosas llegan a tanto se trata de un prodigio y de un signo. Por ejemplo, libros tan efímeros como los bosquejos generales de historia y otros por el estilo son, a los ojos de los europeos cultos, algo absurdo y cómico. La «ciencia» y la historia de sus autores, mohosas, atrasadas y rudimentarias, y de las cuales la mitad está comprobado que es falsa y la otra mitad que está formada de conjeturas, se consideran como pura guasa, especialmente por parte de los franceses, quienes son muy sensibles a lo chistoso de tales especies; pero he visto que en los Estados Unidos toman muy por lo serio esos cacareados disparatorios.

Esta seguridad, que redundaba en perjuicio de la misma gente de los Estados Unidos, es de la exclusiva incumbencia de ella, pero los perjuicios que causa en las relaciones con los demás pueblos incumben al mundo todo, y por eso mismo podrían acarrear de un momento a otro los mayores daños. Aceptar frases de cajón, inexactas o completamente falsas en punto de et-

nología o de historia, es perjudicial para una sociedad; pero aceptarlas en política internacional es un peligro funesto, así para el pueblo que las acepta como para el pueblo extranjero a que se refieren. Palabras tales como «hombre de las cavernas,» «selección natural» y «psicoanálisis», son cosas que pertenecen al dominio nacional; pero «anglosajón,» «latino,» «nórdico,» «propia determinación» y «militarismo» son vocablos capaces de encender una guerra.

Dos poderosas restricciones contrarrestan, por fortuna, los efectos de estas asfixiantes sutilezas: primero, en los Estados Unidos existe un vivo y sanísimo *instinto* contra las alianzas con otras naciones; y, segundo, tienen una *tradicción* claramente definida contra ellas: tradición heredada de los grandes fundadores de la república y promulgada en frases memorables (1).

(1) En nuestra pequeñísima Costa Rica han existido también ese sanísimo instinto y esa tradición salvadora, pero comienzan ya a mostrarse muy debilitados, por obra de los inmigrantes de toda suerte que influyen en todos los grados de la actividad nacional, desde las secretarías de Estado hasta las porterías municipales.—E. J. R.

Hablemos ahora de una cualidad del espíritu social de los Estados Unidos que no puede atribuirse a ninguna causa material y que es un producto de no sé qué virtud o accidente feliz en los orígenes de aquella sociedad. A esta cualidad sólo puede dársele el nombre de *candor*, y consiste en la rectitud y en la sinceridad espontánea. Produce un efecto general de alegría, aunque no sé cuánto dura este efecto.

He oído innumerables opiniones emitidas por europeos con respecto al pueblo de los Estados Unidos; pero en todas esas opiniones, favorables y desfavorables, de las cuales las más son estultas y muy contadas las inteligentes, aparecía siempre, revestida de cierto matiz de envidia, de sorpresa, de acrimonia o de simple pesar, la declaración de que los Estados Unidos son más felices que ningún pueblo del Viejo Mundo.

Y sí son mucho más felices. Es el rasgo sorprendente que sobresale por el lado espiritual, y nadie que vea a ese pueblo y que cuente honradamente lo que ha visto puede ocultarlo. Es

el pueblo blanco más feliz del mundo moderno.

Por dondequiera que úno vaya, en todo el vasto territorio de los Estados Unidos, descubre una especie de *libertad de espíritu*, que es el terreno en que se da la dicha. Dije que no acierto a descubrir ninguna causa, por lo menos ninguna causa moral, del candor que se encuentra en la raíz de toda esta dicha, pero, en todo caso, estoy seguro de que la causa de la dicha es el candor.

No quiero decir con esto que no tenga los vicios comunes a la humanidad toda ni los vicios particulares comunes a nuestra raza occidental ni los vicios, más particulares aún, inherentes a sus propias doctrinas favoritas. Quiero decir que carece del hábito de reprimirse, acompañado de la terca falsía de la expresión, que domina enteramente a las clases directoras de Europa, y estoy bien seguro de que a la falta de ese defecto debemos atribuir que posean el tesoro de un ánimo alegre.

Ahora bien: ¿durará este efecto? Volvamos a esa cuestión. Hace cosa

de un año un alemán que viajaba por primera vez por los Estados Unidos, al decir lo que ahora digo yo, que esta nota de alegría era lo que más lo había impresionado, añadió: «Ni está tampoco esta alegría acibarada por el conocimiento previo de que un día tiene que cesar. No saben cuán poco durará esta alegría.»

No puedo asentir a la profecía de este crítico. La alegría puede durar o no; no puede perdurar por siempre, ni puede subsistir, claro está, por muchísimas generaciones. Toda civilización que ha prosperado sobre la tierra ha pasado rápidamente de la ingenuidad a la duda, y de la duda a la desesperación, excepto cuando ha encontrado apoyo, como en el caso de Roma en el siglo cuarto, en aquella sublime filosofía que es la única que puede redimirnos de la desesperación, pero que no puede devolvernos nuestra inocencia. Toda civilización que ha aparecido sobre la tierra ha terminado o por aceptar el dolor como herencia o por rebelarse contra ese destino humano, destruyéndose a sí misma de ese modo; pero toda civilización ha

pasado también por una fase temprana de expresión y satisfacción plenas, y en esa fase se encuentra hoy el pueblo de los Estados Unidos.

Tanto es así que un europeo, familiarizado como está con los múltiples males morales acumulados en el Viejo Mundo, y obsecado, como tiene que estarlo, si es hombre de suficiente cultura, por las nauseabundas hipocresías de los que se aferran, entre nosotros, a la tradición del gobierno; un europeo, digo, difícilmente convencerá a las personas de los Estados Unidos de cuán falso es nuestro mundo.

En la atmósfera de los Estados Unidos—¡y plegue a Dios que esto perdure!—se respiran como cosas naturales cierta sencillez y cierta sinceridad de los móviles y de las acciones que nosotros hemos enterrado bajo no sé cuántos silencios tradicionales. Acá en Europa, y sobre todo en Inglaterra, un hombre enterado de cómo se dirige ahora el gobierno, desde que dejó de ser aristocrático, se siente en presencia de hombres silenciosos que hablan por señas furtivas los unos con los otros. En los Estados Unidos, sabe que está

en presencia de hombres que hablan recio y con franqueza. Es la misma diferencia que existe entre el aire viciado y el aire puro.

Ya sé que se habla de la sencillez con mohín de desprecio, pero, en resumidas cuentas y después de ver a muchos hombres en muchos lugares distintos, yo, por mi parte, prefiero el candor, porque su fruto es la felicidad, y la felicidad es el fin del hombre.

Concluiré este somero análisis del contraste social, con otra de esas declaraciones que sé que van a parecer caprichosas o «místicas», para usar la palabra en la acepción que le da la corruptela moderna, y esto voy a decirlo asimismo porque creo que es la verdad. El empleo del *tiempo* y del *espacio* en los Estados Unidos ofrece vivo contraste con el empleo que se les da en el Viejo Mundo, con lo cual quiero decir que el ritmo de la vida allí es distinto del ritmo de nuestra vida en Europa, completamente distinto.

Lo que los hombres *piensan* que es una hora o que son cien millas es lo que importa en la determinación de su vida

distinto. El ritmo de una acción múltiple que se aplica a muchas funciones difiere en calidad del ritmo de una acción concentrada en una función sola, y así sucesivamente. Pues bien: en cada uno de los caracteres del ritmo social, la vida y las ideas de los Estados Unidos contrastan por completo con las de Europa. Los naturales de los Estados Unidos se muestran algo orgullosos al preguntarle al europeo si no se siente algo aturdido y aturullado por la rapidez de la vida de los Estados Unidos. Ante esta insinuación, los europeos se quejan precisamente de las cosas que se les insinúan.

La cualidad substantiva del ritmo de los Estados Unidos consiste en lo corta que es la escala que se aplica al tiempo y lo larga que es la que se aplica al espacio, si se compara con el ritmo europeo. Como consecuencia, el tiempo parece más largo, y el espacio más corto.

Y lo que es cierto con respecto al espacio extendido a lo largo y a lo ancho, es también cierto, en algún modo, con respecto al espacio extendido hacia arriba y hacia abajo. Las altu-

ras de los Estados Unidos parecen menos altas.


Este contraste en el ritmo es fundamental y permanente. Influye sobre toda la vida y produce todo linaje de efectos.

Influye, por ejemplo, en la calidad del reposo. El ritmo europeo reclama reposo más largo y más completo, y quizás debería decir que reclama reposo de una índole distinta.


Ofreceré un ejemplo de la diferencia de ritmo de que se dan cuenta todos los viajeros que cruzan el Atlántico. Cinco hombres que discuten un punto en los Estados Unidos harán cinco relatos completos, y se les escuchará por separado, a cada cual por su turno. El conjunto consta de cinco unidades que abarcan un breve lapso, con el auditorio en silencio, sin interrupciones, y la discusión terminará después de cambiar unas cuantas ideas, limitadas con toda exactitud.

El mismo tema debatido entre nosotros se lleva muchísimo más tiempo, emplea un número de unidades mucho mayor, excede sus límites y abunda en alusiones adventicias; y sostengo que este contraste es una manifesta-

ción del contraste entre los ritmos de que he hablado, pues en el caso del europeo, que tiene el hábito de una prolongada concentración y de un reposo consiguientemente prolongado, los múltiples aspectos de un asunto pueden presentarse en muchas expresiones sucintas, sujetas a interrupciones que no desfiguran ni malogran el conjunto; mientras que el hombre de los Estados Unidos, cuya concentración es intensa pero efímera, dirá todo cuanto tiene que decir y lo dirá limitándose mucho en su tema, pero ese tema quedará agotado por completo.



El día 23 de Noviembre murió en esta ciudad el Doctor don CARLOS DURÁN. Durante medio siglo ocupó el primer puesto entre los médicos del país y fué ciudadano distinguidísimo. Desempeñó la Presidencia de la República en los últimos meses de 1889 y los primeros de 1890, con excepcional sencillez y cordura ejemplar. Por todo, puede afirmarse que ninguna de las administraciones posteriores soporta el parangón con la del egregio costarricense cuya pérdida participamos con tristeza a nuestros amigos del exterior.



NUESTRA AMERICA, revista de difusión cultural americana, entiende extender su acción, sin abandonar la senda por la que dirige sus pasos desde el año 1918, iniciando la publicación de una serie de obras de escogidos autores hispanoamericanos, exclusivamente. El intercambio intelectual en nuestro continente viénesse realizando en forma tarda y deficiente por carecerse de una Editorial dedicada a su fomento. Véndense en América las obras de sus hijos que editan en Madrid o en Paris. Los demás no logran ver circular sus obras fuera de las fronteras de sus respectivos países. *NUESTRA AMERICA* intentará libertar a los autores de esa dependencia de las empresas editoras europeas, llevando a todos los pueblos americanos directamente, el pensamiento, la obra artística, el ensueño de los autores que se hermanan en razón de manejar un mismo idioma. Inicia su serie con la obra de un joven autor argentino, Bernardo González Arrili. Cada país de la América hispano-parlante figurará con un autor en esta primera serie. De la ayuda que los amigos de *NUESTRA AMERICA* presten a este intento, dependerá la ampliación oportuna que deseamos vivamente dar a la obra.

Dirigirse a: E. Stefanini,

Calle Caracas, n.º 440

Buenos Aires